trato en su sitio, sería muy estúpido en no probar... ¡Rumesnil es rico!... ¡Vamos allá! ¡Ahí están los cinco mil francos!

## VII

### LOS HERMANOS

Diez minutos después de haberse pronunciado á sí mismo esa frase de tan atroz significación, pues suponía el propósito de sacar el dinero de su deuda á un hombre que amaba á su hermana, Antonio estaba á la puerta del cuarto de Julia por la que salía un rayo de luz. Abrió despacio y sin llamar y la joven lanzó un ligero grito de sorpresa. Aunque eran las dos de la madrugada, no estaba todavía en la cama ó, mejor dicho, las ropas descompuestas probaban que se había levantado y vuelto á encender la lámpara para escribir una carta de cierta importancia, pues el suelo estaba lleno de pedacitos de papel febrilmente desgarrados. Delante de ella había dos pliegos de papel cubiertos de escritura y su pluma estaba corriendo en la novena página. Al ver á su hermano guardó vivamente los pliegos en la cartera y dijo, como de costumbre, en voz un poco baja:

— ¿Qué ocurre? Te he oído entrar á las doce y, después, abrir y cerrar puertas y ruido de conversa-

ciones... Juan y tú no me habéis dejado dormir... ¿Qué quieres ahora?...

Su lívida cara expresaba en este momento una impaciencia más dolorosa que irritada, como la de un ser que sufre y á quien una contrariedad viene á molestar en su pena. Sus delicadas y pálidas facciones resultaban endurecidas por el rojo intenso de un peinador de franela que no tenía nada de común con las túnicas perfumadas y llenas de encajes de la individua de la calle de Longchamp. La pesada trenza de sus negros cabellos rodeaba aquel cuello un poco delgado y la joven mordía nerviosamente el extremo del portaplumas, sin mirar á su hermano. Antonio se dejó caer en una silla con una actitud dramática, hábil prólogo de la nueva comedia que pensaba representar. Su silencio era tan extraordinario combinado con el carácter no menos extraño de tal visita á aquella hora, que Julia acabó por asombrarse y volvió hacia Antonio con creciente curiosidad sus negros ojos, ya inquietos, después de lo cual repitió su pregunta, ahora ya con voz conmovida, tan significativa era la expresión de la cara de su visitante.

— Y bien ¿qué sucede? Te encuentro extraño. Parece que ocurre alguna desgracia...

— Sí, respondió Antonio, una horrible desgracia. El señor Berthier ha venido esta tarde á ver á papá, á acusarme de haber cometido unas falsificaciones para procurarme cinco mil francos. Y ha añadido que si antes de las doce no le devolvía ese dinero, me denunciaría á la justicia. Esto es, exactamente, lo que ha sucedido.

— ¡Falsificaciones! ¿Tú, estás acusado de haber cometido falsificaciones? ¡No es posible! Eso es una calumnia y tú te justificarás...

— No me justificaré, respondió Antonio, porque es



cierto. Sí, lo es, insistió al ver que su hermana hacía un ademán de espanto; he falsificado documentos, he robado... No para mí; para una mujer á quien amo apasionadamente. Necesitaba dinero; había sido embargada y echada á la calle y yo perdí la cabeza. Robé para ella. No lo niego porque así es.

— ¿Y nuestro padre lo sabe?... exclamó Julia.

— Lo sabe, pero al ver su dolor, he tenido la fuerza de mentir y he inventado una explicación que él cree, por algunas horas. Porque, te lo repito, si no entrego antes de las doce esos cinco mil francos, me prenderán é iré á presidio...

— ¿Y Juan lo sabe también? preguntó la joven.

— También, respondió Antonio, pero ha sido un infame conmigo. No te deseo que tengas nunca necesidad de su compasión... Por eso, porque no he encontrado nada en su corazón, vengo á refugiarme en el tuyo. Julia, mi querida Julia, soy muy desgraciado... El joven se cogió la cabeza con las manos y repitió: ¡Soy muy desgraciado!... ¡La cárcel, los tribunales, el presidio!... ¡Pero no iré! ¡Tengo el medio de impedirlo! ¡No, no iré!...

De toda su persona emanaba la funesta decisión de un desesperado que tiene en su revólver el medio seguro de no sobrevivir al deshonor, y su hermana, que, sin embargo, le conocía, fué engañada por aquella mímica que no era enteramente fingida. Julia se lanzó al comediante y cogiéndole las manos exclamó en tono de súplica:

— ¡Antonio! ¡Jura que no piensas en matarte! ¡Júralo!... Pero no, un hombre de tu edad no se mata por una hora de extravío... Por eso papá se encontraba en aquel estado en la comida... Hubieras hecho mejor confesándolo todo. Él te hubiera encontrado los cinco



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

mil francos. Solamente él puede hacerlo... ¡ Ah! si yo pudiera... Si... Y la joven se interrumpió durante unos segundos que le parecieron á Antonio interminables. Evidentemente una idea había pasado por la mente de Julia. ¿ Cuál, si no era la que su hermano quisiera sugerirle sin formularla con palabras? Pero era visible que, cualquiera que fuese aquella idea, había hecho que la joven se estremeciese de horror y que suspirase, más bien que pronunciase, estas palabras : ¡ No! ¡ Imposible!... ¿ Era la imagen de Rumesnil la que acababa de pasar por ella? ¿ Era á la posibilidad de pedirle aquel dinero para su hermano á lo que respondía con tal estremecimiento de horror? Antonio no había sabido nunca el verdadero carácter de las relaciones de su hermana con su antiguo compañero de Luis el Grande. Creía que Julia quería ser su mujer y aprobaba aquella ambición. Jamás se le hubiera ocurrido que su hermana fuese bastante apasionada, bastante sincera, bastante cándida, para ser la querida de Rumesnil. Antonio, sin embargo, se daba cuenta de que las relaciones de un hombre y de una mujer, cuando ésta es bonita y aquél es atrevido, no son nunca bien definidas, y de que la voluntad femenina está siempre á merced de una sorpresa, como la voluntad masculina está siempre en vísperas de una brutalidad. Hay un dominio obscuro y profundo de los sentidos, en el que se ablandan y se funden las más firmes resoluciones. ¡ La familiaridad física lleva tan de prisa á ese resultado ! Esta era la sencilla y trágica historia de Julia. Al principio se había sentido halagada porque la distinguiera Rumesnil, y ese pequeño sentimiento de vanidad le había hecho ser un poco coqueta con el joven noble. La coquetería había ocasionado una pequeña ligereza. ¿ Dónde podía Julia encontrar un



apoyo contra aquella seducción que el diestro galán tenía el buen instinto de hacer casi insensible? La eficacia de la fe religiosa no podía ser reemplazada tampoco en ella por las doctrinas abstractas de su padre. Y además, Julia había leído demasiados libros y al azar. ¿ Para qué haber gustado los poetas, aprendido la historia del arte y conocido la finura del pensamiento libre, si toda esta cultura había de emplearse en ser maestra de niñas? Julia tenía con ese motivo una vida independiente y entraba y salía sola para ir á sus clases, según los principios anglosajones de la igualdad entre los sexos. Á las conversaciones en la calle, delante de testigos, con el amigo de sus hermanos, habían sucedido los encuentros casuales con Rumesnil, hábilmente preparados por éste. Había venido después el cambio de esquelas, insignificantes al principio y en seguida tiernas. Y el designio maquiavélico que Antonio había atribuído tan gratuitamente á la joven se había ido formando poco á poco. Viendo á Rumesnil tan asiduo con ella, sabiendo la amistad que le unía con Juan y persuadida de la generosidad de sus opiniones ¿ cómo no había de nacer y crecer en ella la esperanza de un matrimonio que parecía salir á su paso sin buscarle? En esto también el vicio de origen de la familia había hecho su obra de envenenamiento social. La hija del funcionario, novelesca y tentada por la emoción, pobre y tentada por la fortuna, plebeya y tentada por el prestigio de un enamorado aristocrático, también ella había sido víctima de una sensibilidad en desacuerdo con su medio. Su intriga con Rumesnil no era más que una forma de su secreta sublevación contra la suerte. Los episodios ordinarios se habían sucedido, y de imprudencia en imprudencia, la desgraciada

había acabado por dejarse arrastrar, turbada, nerviosa y medio vencida, al cuarto amueblado que es el vulgar y siniestro teatro de las caídas de ese género. Hacía tres meses y medio que Rumesnil era su amante, sin que ni una sola de las palabras pronunciadas entre ellos pudiera hacer suponer siquiera á Julia que el joven pensase casarse con ella, y, descubrimiento que la tenía en un espanto continuo, hacía seis semanas que estaba embarazada. Y á esta llaga, ya tan envenenada, del corazón de la joven, era á la que Antonio se preparaba á tocar con una brutalidad inconsciente, que iba á hacer gritar de dolor á Julia y á enseñarle á él lo que ignoraba.

— ¿Querías que dijese la verdad á papá? replicó... ¡Jamás! Ya has visto en qué estado le ha puesto una simple sospecha. Es preciso á toda costa que lo ignore siempre todo, pues nunca lo comprendería, siendo tan intransigente con sus principios... Y después ¿dónde va él á encontrar los cinco mil francos, cuando nunca ha tenido delante ni doscientos? Suponiendo que pudiera encontrarlos pidiéndoselos prestados á Barantín, por ejemplo — para lo que le cuesta el dinero á ese panamista — papá querría devolvérselos y yo le vería matarse á trabajar por mí. ¡No! No debe saber nada. Prefiero desaparecer... Y al decir esto espiaba de reojo el efecto de su magnanimidad filial, y viendo á su hermana conmovida, juzgó el momento favorable para decir: No, Julia, no es papá quien puede salvarme, sino tú...

— ¡Yo! exclamó la joven con una sorpresa en la que no había todavía ninguna sospecha.

— Sí, tú, repitió Antonio. Fíjate en que no se trata más que de un préstamo y tú puedes facilitármelo. Berthier me dará veinticuatro horas si le prometo que los



cinco mil francos serán pagados seguramente... Dos letras tuyas á Rumesnil, (el golpe estaba dado) diciéndole que yo he perdido ese dinero en la Bolsa, por ejemplo, y que si no pago mañana me echan de mi oficina, creo que serán suficientes. Rumesnil no se negará... *Lo sabes muy bien* ..

Á medida que hablaba, veía las facciones de su hermana contraerse y pasar por sus ojos una expresión que no la conocía. Los sentimientos que despertaba en ella el nombre de su amante, pronunciado por aquel hermano implacable, eran tan fuertes, que hicieron latir su corazón hasta en la garganta y la joven se quedó por un instante sin voz. Tuvo, sin embargo, el valor de responder con afectada indiferencia:

— ¿Y por qué á Rumesnil? ¿Por qué yo? ¿Por qué no se negará? Te ruego que te expliques de otro modo que por enigmas...

— ¿Por qué? dijo Antonio en el tono impaciente de un hombre que ha pretendido tratar un asunto delicado á medias palabras y al encontrarse con que su interlocutor no quiere comprender, se irrita y le hace sentir un alfilerazo. ¿Por qué? Porque tiene relaciones contigo y te ama, sencillamente. No trates de discutir, te lo ruego. Vuestras maniobras saltan á la vista. He sorprendido vuestras citas en la calle, como sé los medios de que os valéis para vuestra correspondencia. Os habéis ocultado tan mal, que hasta ese bendito de Juan ha observado algo y hoy mismo me lo ha dicho. Yo le he respondido lo que pienso, y es que estás en tu perfecto derecho al querer poner un día en tus tarjetas: *Condesa de Rumesnil*, y supongo que á nuestra buena mamá no le desagradará tampoco. De otro modo no le ocurriría siempre algún pretexto para salirse del salón y dejarte sola con él cuando viene de visita... Pero que

esto no te impida enviarle la carta que le estabas escribiendo cuando yo entré... Solamente, si es para él, añadió viendo que Julia ponía instintivamente la mano en la carpeta, vas á añadir una posdata dándole cita, para que le expliques mi asunto como hemos convenido... Y antes de esta noche tendremos los cinco mil francos.

— Ni yo le explicaré nada, dijo Julia con voz decidida, ni tú tendrás los cinco mil francos, al menos por mí. Yo no pido á Rumesnil que nos preste dinero ¿entiendes? No se lo pido.

Julia había cruzado los brazos para responder á su hermano y se había sentado en el borde de la mesa en actitud de resolución. Muy diferente de Antonio por tantos aspectos de su carácter apasionado, pero sin bajeza, se parecía á él en la fría insolencia de los momentos difíciles. El joven insistió todavía con más impaciencia :

— ¿Y crees que un proceso contra tu hermano, publicado en los periódicos, favorecerá mucho tu matrimonio?

— No creo nada, sino que no pido dinero á Rumesnil...

— ¿Ni siquiera teniendo yo en la mano la prueba de vuestra intriga?... dijo Antonio, y antes de que Julia pudiera impedírselo se apoderó de la carpeta y añadió : ¿Para enseñársela á nuestro padre?...

— Enséñale esa carta si quieres, respondió la joven. Después del robo, el *chantage*... ¡Eres completo!...

Julia seguía con los brazos cruzados sobre el delgado pecho y su cara era desconfiada. Solamente un estremecimiento de repugnancia había levantado los extremos de sus labios. Antonio tuvo vergüenza ante aquella inmovilidad despreciativa ó pensó que la carta no era



para Rumesnil. Ello fué que dejó la carpeta en la mesa y dijo :

— Sólo he querido asustarte; ni más ni menos. Tienes tan poco corazón como Juan...

Y añadió, empleando una nueva forma de amenaza, sin sospechar su fuerza de acción sobre la infeliz muchacha :

— Puesto que me niegas este servicio, iré yo mismo á casa de Rumesnil. Es una humillación que hubieras podido ahorrarme, pero la sufriré... No me asusto ya por tan poco...

— ¡No! ¡No harás tal cosa! exclamó la joven. Y esta vez, Antonio vió que había logrado tocarla en el punto sensible. Ante aquella repentina resolución de su hermano, Julia había tenido miedo, en efecto, y su sangre fría había empezado á abandonarla. Veía en su imaginación á su amante recibiendo aquella visita y percibía su mirada cuando ellos dos se vieran, siendo así que Julia no se había atrevido todavía á anunciarle su embarazo, hasta tal punto le causaban á veces un invencible malestar aquellos ojos claros de Rumesnil, que sabían ser tan dulces y tan duros alternativamente. La joven repitió : ¡No harás tal cosa!... y añadió andando hacia Antonio y animándose con sus propias palabras : Después de lo que acabas de decirme, después de lo que tú piensas, es el último hombre á quien puedes dirigirte... ¡El último, el último!... Bien lo comprendes; sería como si yo te hubiese enviado y nadie le haría creer que no estábamos todos de acuerdo, incluso Juan, que es su amigo. ¡Todos nos deshonraríamos así! ¡Y con nosotros nuestros padres!... ¡Lo que ya existe es bastante! gimió con voz profunda en la que se revelaba la sublevación de su carne, en la que sabía que llevaba un hijo de aquel á quien su hermano quería pedir dinero. Hubo

un segundo en que tuvo en los labios esta confesión, pero no la profirió por impedírselo la expresión implacable que brillaba en los ojos del falsificador y el acento con que respondió :

— Olvidas que Rumesnil ha ido conmigo al colegio y que este título sobra para justificar un paso que es corriente entre antiguos camaradas. Te repito que mañana iré á su casa á pedirle ese dinero, iré... á no ser que me des para no hacerlo una razón absolutamente grave... ¿Hay alguna? Respóndeme sí ó no.

— ¿Qué otra razón quieres que haya?... dijo Julia. Su corazón se había vuelto á cerrar de repente y la joven se estremecía ante la idea de haber estado á punto de entregar su secreto á aquel muchacho brutal y á quien las ansias del miedo daban en aquel momento una cara y un alma de bandido. Julia se pasó convulsivamente por la cara las crispadas manos, como para reunir toda la energía de que era capaz, y mirando de frente á su hermano con profundo desprecio, le dijo lentamente : Has conseguido lo que querías. Yo hablaré á Rumesnil. Vergüenza por vergüenza, prefiero esta porque es menos innoble. Le escribiré para darle una cita y yo le haré la petición... Y ahora, vete...

— No sin haberte dado las gracias, respondió Antonio avanzando hacia ella. ¡Ah, Julia! ¡Me vas á salvar!

— ¡Vete! repitió la joven con más fuerza, retrocediendo lejos de él y apretando los brazos más estrechamente contra el seno.

— ¿Y cuándo vas á escribir la carta? dijo Antonio después de un silencio. Ya sabes que el tiempo apremia y quiero llevarla yo mismo, para estar más seguro, antes de ir á la oficina.

— La tendrás á las ocho, dijo Julia, y añadió con un movimiento de imperiosa cólera que le hizo salirse del cuarto : No me pidas que le escriba ahora. No puedo... ¡Pero vete! ¡Vete!...



Aquella súbita reaparición de la voluntad, las alternativas de pasión, de orgullo herido y de violencia por que la joven había pasado delante de él, su fisonomía impregnada de tal sufrimiento, la voz que á veces le faltaba, todas esas señales de la tragedia interior provocada por el nombre de Rumesnil, habían demostrado á Antonio que las relaciones de Julia con el joven noble no se limitaban á una niñería de clandestina pero inocente coquetería. En las circunstancias normales de la vida, aquel descubrimiento hubiera conmovido su amor propio de hermano y acaso lo que le quedaba de corazón. ¡Hay en las faltas de una joven, cuando no es simplemente una viciosa, una parte de fatalidad que la hace tan digna de lástima! Por mucho que haya seguido, como Julia Monnerón, todos los cursos de moral y de psicología, de historia filosófica y ciencias naturales, que cargan el inútil programa de los liceos de mujeres, no es más que una niña y una niña ignorante. Lo es hasta después de haber leído malas novelas y malas comedias, bajos periódicos y pretenciosas revistas, para ponerse al corriente de la actualidad parisiense. Lo es hasta en la afirmación de las más atrevidas teorías, cuando se cree materialista, anarquista y feminista. Antonio sintió que su corazón se oprimía, una vez solo en su cuarto, ante la idea de que la actitud de su hermana, durante aquella entrevista, no se explicaba si Julia no era la querida de Rumesnil. Pero cuanto más íntimas fueran aquellas relaciones, más probabilidades de éxito tenía el paso á que por fin la había decidido, con tal, sin embargo, de que no se arrepintiera de su resolución...

— Y bien, concluyó al dormirse á eso de las cuatro de la madrugada, si ha cambiado de idea, yo iré á ver á su amante, pero sin advertir á Julia, que es capaz de prevenirle que no me haga caso... ¡ Bah ! Ahora soy el más fuerte...

Cuando despertó del sueño febril que, sin embargo, repara en los organismos de su edad los estragos de tales emociones, su determinación no había cambiado. Ó Julia cumpliría su palabra ó iría él mismo á ver á Rumesnil. En uno y otro caso se creía seguro de tener el dinero, y esta seguridad tuvo al menos la ventaja de permitirle hablar á su padre, durante el desayuno, con relativa tranquilidad, en la que el profesor vió una nueva prueba de su inocencia. La única alusión que hizo á la explicación terrible de la noche anterior fué esta frase dicha al impostor en un momento en que le tuvo solo fuera del comedor :

— Anuncia al señor Berthier mi visita para las dos. Quiero darle las gracias y recomendarle la indulgencia para el infeliz á quien tienes necesidad de denunciar. Explícale que estoy ocupado por la mañana con dos lecciones, pero tú debes estar allí al abrir la oficina. Cada minuto que pasa sin que te hayas justificado, es una mancha de lodo que cae sobre nuestro nombre. Yo no he dormido en toda la noche pensando en eso. Sobre todo, ni una palabra á tu madre, porque le costaría una enfermedad.

Se veían claramente las huellas de aquel insomnio en la fisonomía del buen hombre cuando se sentó á tomar el medio bol de café puro en el que mojaba un panecillo de cinco céntimos, frugal desayuno con el que pasaba hasta medio día, con dos horas de clase y una lección particular. El café no era siempre hecho en el día ni estaba siempre caliente, pero el profesor se lo



tomaba, con su desprecio sistemático del mundo exterior, y decía :

— Si *Medor* no está contento, allá él...

Esa fórmula enigmática significaba que reconocía en él dos seres : uno el verdadero, el « yo » razonable y razonador, constituído por las ideas puras, el hombre en sí de la Declaración de los Derechos ; y el otro, el animal inferior, hecho para obedecer al primero como el perro á su dueño. Esta era la bestia á la que llamaba familiarmente Medor. ¡ Ay ! El pobre Medor estaba muy viejo y muy cascado aquella mañana, y su dueño interior no valía mucho más, aun no habiéndose permitido abandonarse á la sospecha. Su evidente melancolía hubiera debido chocar á su mujer, pues permaneció silencioso contra su costumbre y mordisqueó su panecillo sin leer el periódico ni comentarle con sus frases favoritas, por ejemplo, sobre la necesidad de arrancar al clero la educación de la juventud. ¡Hubiera sido oportuna esa idea entre Julia, Antonio y Gaspar ! La mujer de Monnerón, como todas las personas despóticas, no estudiaba á los demás sino en los momentos en que los necesitaba. Así no notó nada en su marido, ni en su hija, también profundamente alterada, ni en Juan, cuyos ojos indicaban una intensa irritación. La buena señora, llevaba una bata aparatosa comprada en una venta de saldos, y comía con los codos puestos en la mesa, el bol en una mano, cerca de la boca, y la cuchara en la otra. No estaba preocupada más que por un catálogo ilustrado que tenía delante y que daba detalles sobre la exposición de un gran almacén. La madre de familia leía en voz alta las cifras :

— ¡ Quince francos, noventa y cinco céntimos un verdadero zorro negro !... No es caro. ¿ Qué te parece, Julia ?... Esta vez no me dejaré engañar como el año

pasado ¿te acuerdas? con aquella cebellina falsa... Los muy ladrones !...

— Aquella que se quedó sin pelo al primer chaparrón, dijo Gaspar en tono de burla. Esta alusión à una de las innumerables desventuras que ocasionaba á la meridional su manía de comprar cosas baratas y de aparato, no fué precisamente de su agrado.

Julia se levantó de la mesa en el momento en que el joven colegial en vacaciones empezaba sus bromas acostumbradas de mono mal educado, y Antonio la siguió...

— Y bien, dijo en cuanto estuvieron solos en el pasillo, ¿tienes la carta para Rumesnil?

— No, respondió la joven, he reflexionado y no quiero escribirla...

Y al decir esto miró á su hermano con aire de desafío, dispuesta esta vez á hacer frente á sus amenazas. Pero se quedó desconcertada al oirle decir, por el contrario:

— Lo esperaba y puede que tengas razón... Yo también he reflexionado y he encontrado otro medio. Siento haberte hablado como lo hice, pero, ya sabes, estaba loco... Y añadió mirando el reloj: Pero ya hablaremos de esto después... Tengo que estar en mi oficina á tiempo para encontrar solo á Berthier...

— ¿Qué habrá pasado? se preguntó Julia cuando el peligroso personaje desapareció en la antesala y le oyó salir y bajar la escalera... ¿Iría verdaderamente á su oficina? Al escucharle había tenido la sensación física de la mentira y un instinto de los que no se razonan hizo á la joven asomarse á una de las ventanas que daban á la calle de Claude Bernard, y vió á Antonio que estaba en pie en la acera llamando á un cochero para que se acercase. El joven montó, dió una dirección al cochero y el coche partió en sentido opuesto al



de la oficina. ¿Á dónde iba, pues, Antonio?... ¡Va á la calle de Varenne! pensó Julia. Y al imaginar que antes de un cuarto de hora su hermano llamaría á aquella señorial puerta cochera que tantas veces ella había soñado pasar en su coche de condesa, se le heló la sangre en las venas y tuvo que sentarse, vencida por la emoción. Pero en seguida se dijo: ¿Cómo impedirlo?... ¿Qué hacer?... ¿Correr también á la calle de Varenne y llegar antes que su hermano? Aunque el respeto de su propia dignidad no se lo hubiera impedido, no tenia tiempo material. ¡Ni siquiera estaba vestida!... ¿Enviar dos letras á Rumesnil diciéndole que no hiciese á su hermano el servicio que iba á pedirle?... ¿Con quién iba á enviar la carta?... Presa de esta fiebre de angustia imaginativa, la joven sentía la necesidad física de hacer algo y pronto... ¿Pero cómo, cómo?... Entonces se apoderó de ella otra serie de ideas: No estoy absolutamente segura de que Antonio vaya á casa de Rumesnil. Puede, en efecto, haber vacilado y querido buscar por otra parte... Si va, Rumesnil puede no estar en casa ó no querer recibirle, ó bien no tener la suma y dejar el entregársela para más tarde... ¿Si de aquí á entonces estuvieran pagados los cinco mil francos? Sí, es preciso que lo estén... ¿Pero cómo? Un plan se esbozó en su mente; el de encontrar por su parte aquel dinero y en seguida. Una vez encontrado sucedería una de dos cosas: ó bien Rumesnil lo habría ya prestado y se lo devolvería, ó no lo habría prestado por no tenerlo ó por no habérselo pedido Antonio. Una vez hecha la restitución á la oficina, ya no se lo pediría. ¿Pero á quién dirigirse? ¿De dónde hacer salir aquellos cinco billetes que no podían venir del amante? Solamente el horror que esta idea inspiraba á Julia, daba idea de su desconfianza respecto de un

hombre á quien, sin embargo, se había abandonado y del que dependía todo su porvenir de mujer .. ¡Qué castigo!... La joven experimentó en aquel momento uno de esos accesos de total desanimación que atravesaba sin cesar desde que era la querida de aquel amante que ni una sola vez, en sus conversaciones íntimas, había hecho la más lejana alusión á un matrimonio. Y Julia se echó á llorar silenciosamente. Después el reloj de una iglesia próxima dió una hora, que ella escuchó con atención maquinal.

— ¡Las nueve y media! pensó. El tiempo pasa y yo no encuentro nada... ¿Iré á hablar con mi padre á pesar de todo? Antonio tenía razón! Su amigo Barantín le prestaría ciertamente cinco mil francos. Tendrá que pagarlos y trabajar más todavía, pero que trabaje y que no debamos ese dinero á Rumesnil. Es nuestro padre y responsable de lo que ocurre. Pero no bien se había formulado mentalmente esta frase, cuando su conciencia percibió con horrible acritud toda su injusta crueldad. En los tiempos en que Julia y Juan estaban en la mayor intimidad, habían examinado juntos muchas veces el carácter de sus padres y llegado siempre á este reproche y á esta absolución : su padre había puesto á su familia en condiciones muy desfavorables, pero no era culpa suya. « Siempre ha hecho lo que ha podido. *No sabe más...* » Esta frase de Juan acudió á la memoria de la joven y le hizo presente la imagen de aquel hermano tan diferente del otro. Se había alejado de él á causa de lo que en sus horas de mala tentación llamaba ella su pedantería... Pero si alguien podía ayudarla en aquel instante, era él... ¿Cómo no lo he pensado antes? se dijo. Acababa de ver en espíritu á los dos amigos de su hermano, Rumesnil y Cremieu-Dax. ¿Por qué no había de pedir Juan al segundo el



dinero que Antonio había tenido la horrible idea de deber al primero ? Podía hacerlo sin deshonor y con la certeza de tener tiempo para pagar esa deuda. Ella también le ayudaría buscando lecciones y trabajos de traducción.. Y si el acontecimiento que continuaba esperando contra toda probabilidad se realizaba, y se casaba con el padre del niño que llevaba en su seno, no tendría que ruborizarse por pedir á su marido lo que tanta vergüenza le daba deber á su amante...

No bien la pobre niña hubo concebido ese proyecto, cuando le ejecutó impulsivamente, con la rapidez que da la sensación de los momentos contados y de la hora que se va, llevándose con ella ocasiones acaso irreemplazables. Solamente al encontrarse enfrente de aquel hermano que era su único recurso, se dió cuenta Julia de la imposibilidad de hablarle de Rumesnil. Con frecuencia en las últimas semanas, y precisamente el día anterior, había leído en sus ojos que Juan había adivinado el secreto, con tal rebelión de todo su ser, que había estado á punto de hacerle esa confesión repentina que alivia la conciencia del culpable cansado de luchar contra una sospecha justa. Pero no podía hacer esa confesión al mismo tiempo que denunciaba la asquerosa villanía de su hermano mayor. Y si no nombraba á Rumesnil ¿cómo decidir á Juan, que había debido rehusar todo auxilio á Antonio? Esa era la traducción que Julia daba á aquella amarga frase de éste : « No te deseo que necesites nunca de su compasión... » No sabía que el falsificador había mentido al otro diciéndole que tenía los cinco mil francos. Juan estaba sentado delante de su mesa, con la frente apoyada en la mano y un libro abierto en el que no leía. Al ver á su hermana esbozó un ademán de asombro y ella, por su parte, se quedó cortada é incapaz de hablar, con ese

vacío de la inteligencia que conocen bien todos los que se han encontrado metidos sin preparación en una conferencia de trágica importancia. Pero en Julia se verificó esa reacción espasmódica que hace brotar en un momento las ideas y las palabras, después de la parálisis de un minuto, y que le hizo encontrar en el momento lo que debía decir á Juan, sin hablar de Rumesnil.

— Vengo á hablarte de Antonio, dijo, y á suplicarte que tengas compasión de él y de nuestro padre Me ha dicho que lo sabes todo y que has estado muy severo con él... No te acuso por ello... Á mí también me ha dado horror cuando me ha confesado sus falsificaciones... ¡Sí, horror! repitió con toda la amargura que había dejado en su corazón la horrible escena de la noche anterior. Pero es nuestro hermano y el hijo de nuestro padre. Hay que salvarle, debemos hacerlo...

— No se salva á un ser que ha llegado á cierto grado de bajeza, respondió Juan, creyendo que el punto de la restitución material estaba arreglado é interpretando la frase de su hermana en un sentido puramente moral. ¡El desgraciado! Su única excusa es que no percibe siquiera la realidad de lo que ha hecho. Sus falsificaciones no lo son para él, sino ligerezas, movimientos de fondos, préstamos de dinero un poco incorrectos, y se tiene como en regla con su conciencia porque su sucia operación de Bolsa ha salido bien y le ha dado con qué restituir lo robado...

— ¿Te ha dicho eso?... exclamó Julia; pues no es cierto. Habrá, acaso, jugado á la Bolsa, no lo sé, pero de lo que sí estoy segura es de que no puede hacer la restitución de que hablas... ¡No tiene los cinco mil francos!...

— ¿No los tiene? repitió Juan. ¡No es posible!



— Lo es tanto, continuó la joven, que esta noche, después de dejarte, fué á mi cuarto á pedirme... Julia se calló, pues no podía, ni para salvar á Antonio, nombrar á Rumesnil.

— ¿Á pedirte qué? preguntó Juan. ¡Acaba!...

— Que le ayudase á encontrar ese dinero, respondió Julia. No me preguntes cómo. Estaba loco y no hacía más que repetir: ¡La cárcel, los tribunales, el presidio!... En este momento está recorriendo París para buscar esos cinco mil francos y si me dijeran que ha matado para procurárselos, no me asombraría. Está metido en un callejón sin salida y es capaz de todo por escapar de él .. Recuerda los crímenes que leemos todos los días; así han empezado todos. Antonio está en pleno crimen, te lo juro, Juan. ¡Ah! Si no me crees, te arrepentirás después toda tu vida...

— Te creo, dijo Juan, contagiado por la turbación de su hermana. Pero, añadió con desesperación, ¿por qué no me ha hablado con franqueza? Yo hubiera reflexionado. Yo hubiera buscado...

— Has estado demasiado duro con él, respondió la joven con una voz profunda cuyo acento debía recordar Juan después, y no hay que ser demasiado duro cuando se quiere que el corazón se abra. Es tu hermano mayor y se ha humillado delante de ti. Piensa salir solo del mal paso y quiere que tú no sepas nada... Pero no se trata ahora de estas discusiones, sino de que encontremos esos cinco mil francos en esta misma mañana. Tú se los llevarás á Berthier para que no le denuncie y todo se habrá terminado. Si papá estuviese en peligro y necesitase esa suma tú no vacilarías en pedirla prestada ¿no es verdad? Pues así es, soy yo quien te lo dice. Si Antonio comete alguna nueva infamia cuyo deshonor cae sobre él... Para ti es fácil... Hay una

persona que puede prestarte en seguida ese dinero: Cremieu-Dax... Comprendo que es duro tender á nadie la mano, aunque sea á un amigo... Pero prescinde de tu orgullo, Juan. No por él, sino por nuestro padre, por el nombre que es de todos nosotros... ¡Vete á casa de Cremieu-Dax, en seguida... Y repitió: ¡Por nuestro padre!

No dijo « por mí » pero todo en ella acusaba ese grito de angustia é indicaba la horrible eventualidad que estaba viendo distintamente y que no quería decir: Rumesnil dando ese dinero á Antonio y sospechando la complicidad de todos los suyos para juzgarse en paz con ella por haberla pagado de aquel modo. Al evocar la imagen de José Monneron, había encontrado el argumento irresistible, el más poderoso en Juan, puesto que lo había sido bastante para hacerle prescindir de su amor por Brígida Ferrand. No había acabado Julia de hablar, cuando ya el joven estaba en pie, buscando su abrigo y su sombrero.

— Voy á casa de Cremieu-Dax, dijo. Tienes razón. ¡Con tal de que Antonio no haya hecho nada todavía!...

— No ha tenido tiempo, respondió Julia. Puedes estar seguro de que habrá ido ante todo á pedir un plazo á Berthier... ¡Ah! Juan mío, añadió con entusiasmo, cuánto te admiro y cuánto te quiero...

Estrechó á su hermano entre sus brazos hasta hacerle daño, y le acompañó después por el pasillo. Cuando pasaban por el despacho, el profesor estaba dando la lección de que había hablado á Antonio y se la oía explicar al discípulo un célebre pasaje del *Catilina*, de Salustio, sobre el lujo.

— *Maria constructa esse*, declamaba con entusiasmo. Usted traduce: *construir quintas en el mar*... ¿Dónde ve



usted la palabra quintas? Traduzca usted el texto. Salustio escribió: *construir el mar;* traduzca usted lo mismo. Este es el gran latín, el que da sentido á las frases por la sola virtud del sustantivo y del verbo... Qué lengua!...

— ¡Cómo ama las letras! pensaba Juan unos momentos después en el coche que le llevaba hacia la avenida Hoche, á casa de Cremieu-Dax. ¡Hasta hoy le consuelan en las fastidiosas ocupaciones de su oficio! Si supiera la verdad, ya no le consolarían. Si alguna vez se le quita eso ¿qué le queda? ¡Ah! Ocultémosle todo mientras podamos... Julia tiene razón. ¡Cómo la he reconocido hace un momento! ¿Pero á quién quería ese miserable pedir el dinero? ¿Sería á?... ¡No! No es posible; sería demasiado infame... La sospecha que alimentaba hacía algún tiempo sobre las relaciones de su hermana con Rumesnil acababa de hacerle adivinar el abominable plan de Antonio, y la sola idea de semejante vileza ocasionó un escalofrío insoportable á aquella noble sensibilidad, igual á la de su padre por su huída ante las realidades demasiado crueles cuando no estaba obligado á verlas. Juan invocó contra esa idea todas las energías de que era capaz, pero bastó, sin embargo, para que su pensamiento se desviase en una nueva dirección. El joven dió en imaginarse á aquel á quien iba á pedir un importante servicio de dinero, tal como le había visto el día anterior cuando la conversación recayó sobre Ademar, y recordó el movimiento de afecto que Cremieu-Dax había tenido por él en la puerta de la *Unión Tolstoi* y la compasión que creyó leer en sus ojos. Era evidente que Salomón sabía ó sospechaba á propósito de su hermana y de su común amigo algo que él mismo ignoraba. La dura perspicacia de Cremieu-Dax, con el que Juan sostenía unas rela-

ciones tan singulares, tan pronto estrechas hasta el más íntimo compañerismo, tan pronto hostiles y llenas de reservas, le produjo de pronto un estremecimiento de miedo. Juan no podía entregarle el honor de su hermano. Era seguro que Cremieu-Dax no vacilaría un segundo en prestarle los cinco mil francos y que no haría ninguna pregunta, pero también lo era que llegaría hasta la causa. El joven llegaba á la mitad de los Campos Elíseos cuando esa certeza le hizo demasiado penoso el paso que iba á dar. Reflexionó todavía unos minutos y después sacó la cabeza por la portezuela y dijo al cochero.

— No vamos á la avenida Hoche, sino á la calle de Tournón. Yo le haré á usted parar delante de la casa...

Así, en aquella hora de angustia, la imagen de Ferrand, el maestro cuya influencia había alternativamente evitado y querido, reemplazaba en él casi instintivamente á la del más íntimo condiscípulo. Impulsado por la fuerza secreta que nos dibuja nuestro porvenir moral al presagiárnoslo, hacia aquel cuyas doctrinas debían ser las suyas, Juan consideraba como una deslealtad el deber tanto agradecimiento al fundador de la *Unión Tolstoi* cuando se preparaba á separarse de él para siempre en el dominio de las ideas. Aquel trabajo del pensamiento se había realizado en él de un modo tan independiente de la voluntad, que Juan se quedó casi asombrado al encontrarse en el portal de la casa del padre de Brígida. Entonces recordó que había prometido, no hacía veinticuatro horas, no volver á aquella casa, hacia la cual le había acaso llevado la atracción de la joven. Y sin embargo, deseaba sinceramente no ver aparecer su esbelta silueta en el curso de una visita relacionada con tan tristes secretos de familia. El filósofo estaba solo, sentado á su mesa y escribiendo, bajo



el retrato de Arnaud d'Andilly, y nunca aquel vasto despacho produjo tan claramente en Juan la impresión del asilo intelectual, del puerto moral por fin conseguido. Ferrand mostró en su cara al verle un rayo de alegría seguido inmediatamente de una expresión de ansiedad. Acababa de leer en la fisonomía de su discípulo el drama íntimo que el joven estaba atravesando y para salir al encuentro de sus penas hizo ese delicado ademán de amistad que el poeta ha expresado tan bien en la célebre fábula :

> Que te evita la vergüenza
> De descubrirlas tú mismo ..

— Querido maestro, balbuceó Juan, perdóneme usted. Había adquirido el compromiso...

— De no venir por aquí antes de traerme otra respuesta, dijo Ferrand. Si falta usted á él es porque tiene una razón profunda. Lo sé. Sé también, sólo con mirarle, que está usted sufriendo. Viene usted á mí porque tiene una pena. No tengo, pues, nada que perdonar, sino que agradecer...

— ¡ Ah, señor Ferrand ! exclamó el joven juntando las manos. En la tierna inteligencia de aquella acogida encontraba la impresión de paternidad espiritual que tanto se había reprochado el buscar en aquel hombre, adversario de todas las creencias de su padre verdadero.

— Apóyese usted en mí, aquí estoy, continuó el maestro. ¿ Ha sucedido, acaso, la desgracia que ayer preveía ?

— Esa no, dijo el joven hablando con penoso esfuerzo; otra, señor Ferrand, pero... suplico á usted que no me interrogue, que no interprete lo que voy á decirle, que no busque los motivos del paso extraordinario que doy

cerca de usted... He venido — y su voz estaba ahogada por la vergüenza — á pedir á usted dinero prestado...

— ¡ Qué conmovido está usted, pobre hijo mío ! dijo el padre de Brígida, y por tan poca cosa... No me hable usted puesto que el hablar le hace daño... Escríbame en este papel lo que desea. Y entregó un papel y un lápiz á Juan, el cual trazó temblando de emoción los cuatro números que su hermano había escrito con mano segura en el cheque Montborón. Ferrand cogió el papel y dijo sencillamente : Está bien. Y salió del despacho para volver, un momento después, con un sobre en la mano. Aquí tiene usted lo que necesita, dijo. Usted calculará los intereses al cinco por ciento y se los dará á los pobres. Me devolverá usted este dinero cuando pueda y sólo le pido que lea todos los días, hasta que haya pagado esta deuda, la frase que pongo aquí... Y escribió unas palabras en el sobre. No me dé usted las gracias y corra á llevar el dinero á donde deba llevarlo...

El joven cogió el sobre que le entregaba aquel admirable intérprete de las almas, cuya frase de adiós indicaba que había descifrado la conciencia de su discípulo tan claramente como en un libro abierto. Entre los dos hombres pasó entonces algo inexpresable, como en el día anterior, y el maestro hizo un ademán con el que pedía á Juan que no tratase de traducir con palabras lo que ambos sentían. El joven obedeció á su bienhechor y se marchó sin decir más que « gracias » con una elocuencia realzada por toda su actitud. Cuando estuvo en la escalera, miró la frase que Ferrand había escrito en el sobre. Era la de san Agustín con la que Bossuet termina su sermón sobre la necesidad del sufrimiento : *Perdidistis utilitatem calamitatis et miserrimi facti estis.* — « *Perdéis la utilidad de vuestra miseria...* » Estas



palabras que Juan repetía al encaminarse á pie hacia el *boulevard Saint-Germain*, herían en su ser aquella tecla secreta que sus discusiones con el filósofo católico habían siempre conmovido, pero nunca como en este momento. Iba de prisa, por haber juzgado inútil tomar otro coche no temiendo ya que le faltase tiempo para ir á pagar la deuda del falsificador, rasgo de economía que le inspiraba todavía la piedad filial, siempre viva en el joven, y que le impedía el proporcionarse una sola de las comodidades de que había visto al profesor privarse constantemente. — « *La utilidad de vuestra miseria...* » repetía, y su corazón, ablandado por la bondad delicada con que Ferrand acababa de tratarle, se abría á la enseñanza contenida en esa frase. Una vez más experimentaba qué potencia de interpretación total de la vida humana posee el cristianismo. ¿Qué había encontrado fuera de él en las horas de pena que acababa de atravesar ? Nada más que la desesperación y el abatimiento, bajo el peso ciego de la necesidad. ¿Á que le llamaba la máxima que el padre de Brígida había querido unir á su beneficio? Á creer que todos sus sufrimientos, los grandes y los pequeños, tenían un sentido. Detrás de la serie de emociones, desgarradoras ó penosas, que venía sufriendo ¿ no veía el imperceptible y continuo trabajo de un espíritu que perseguía al suyo? Á cada uno de los golpes recibidos había correspondido la evidencia, cada vez más clara, de las leyes desconocidas por los suyos y por él mismo, las que el tradicionalista Ferrand le había mostrado como constitutivas de la familia y de la sociedad. Ahí estaba « la utilidad de su miseria », en aquella educación del pensamiento, y Juan veía que si alguna vez llegaba á tener la fe completa que iluminaba las miradas de Ferrand y de Brígida, no podría menos de bendecir á aquel inconcebible

Espíritu por haberle conducido á través del camino en que se ensangrentaba su corazón. ¡ Qué cara pagaría, sin embargo, la certeza y la fuerza interior, y hasta otra dicha, si la mujer amada le esperaba al término de aquel camino de la amargura!

Otro incidente, que su conversación con Julia debió hacerle temer si él no se hubiera rebelado contra cierta hipótesis, le despertó de aquella exaltación mística poniéndole enfrente de otro misterio más lleno de consecuencias que todos los que le atormentaban. Había llegado á la oficina de Antonio y entrado hasta el despacho del jefe sin pasar por el local en que trabajaban los empleados. Cuando llamó á la puerta y Berthier dijo : « Adelante » tuvo una penosa sorpresa al encontrar allí á Antonio sentado en una silla al lado del hombre á quien, la noche anterior, calificaba de « elefante sin tacto ». Era el jefe un hombre de cincuenta años á quien la vida sedentaria había, en efecto, dado extremada corpulencia. Su cara sanguínea y bondadosa expresaba entonces una gran emoción, así como los ojos enrojecidos de Antonio denotaban que el joven había llorado. Entre los dos hombres acababa de producirse una escena á la que la presencia de Juan iba á servir de conclusión. Berthier creía muy íntimos á los dos hermanos y, además, en aquella comedia de confesión se había pronunciado el nombre de Juan. El jefe, á quien tenían engañado su generosidad natural y la simpatía que le inspiraba Antonio, dijo al recién llegado :

— Llega usted á tiempo para ser testigo del arrepentimiento y de las promesas de su hermano. Me lo ha confesado todo y le he demostrado que no hay negocios absolutamente seguros en la Bolsa. Ese Montborón con el que había entrado en amistad (el amante de Ángela de Azay había imaginado esa asombrosa mentira) y que le hablaba de operaciones seguras, no puede ser más que un abominable aventurero. Antonio comprende ahora á dónde le ha arrastrado y me ha dado su palabra de no volverle á ver. Yo me he comprometido á no desmentirle con el señor Monnerón. Al conservar, como lo ha hecho, la suma sustraída aquí, ha probado que no está absolutamente perdido. El señor La Croix, una vez indemnizado, no se quejará ; me encargo de ello... Y voy aún más lejos. Consiento, no en perdonarle, pues la falta es demasiado grave, sino en conservarle en la oficina durante tres meses para que su padre no sospeche. Pasado ese plazo, Antonio hará dimisión con un pretexto cualquiera, pero le seguiré de lejos en el empleo que tome y á la primera falta presentaré á quien corresponda la confesión que acaba de firmarme... Si se porta bien, se la devolveré dentro de cinco años... Ahora, caballero, váyase á su trabajo... Cuando salió Antonio, sin atreverse á mirar á su hermano, el excelente hombre exclamó : Tengo demasiado cariño por él y respeto mucho al señor Monnerón para no haber querido dar á este desgraciado una ocasión de regenerarse. No es malo, se lo aseguro á usted, y si le hubiera usted visto sollozar hace un momento, creería como yo en su arrepentimiento. Me había pedido que le escribiese á usted para rogarle que no desmienta la explicación á la que yo consiento en prestarme. Antonio reparará sus faltas ; me lo ha jurado y lo creo. ¡ He visto á tantos jóvenes dejarse tentar por el manejo de los fondos que pasan por sus manos! He salvado á dos, que nunca han vuelto á caer. Antonio será el tercero, estoy seguro. ¡ Valor, amigo mío !...

Y mientras le estrechaba la mano con fuerza para asegurarle sobre el porvenir del supuesto amigo de